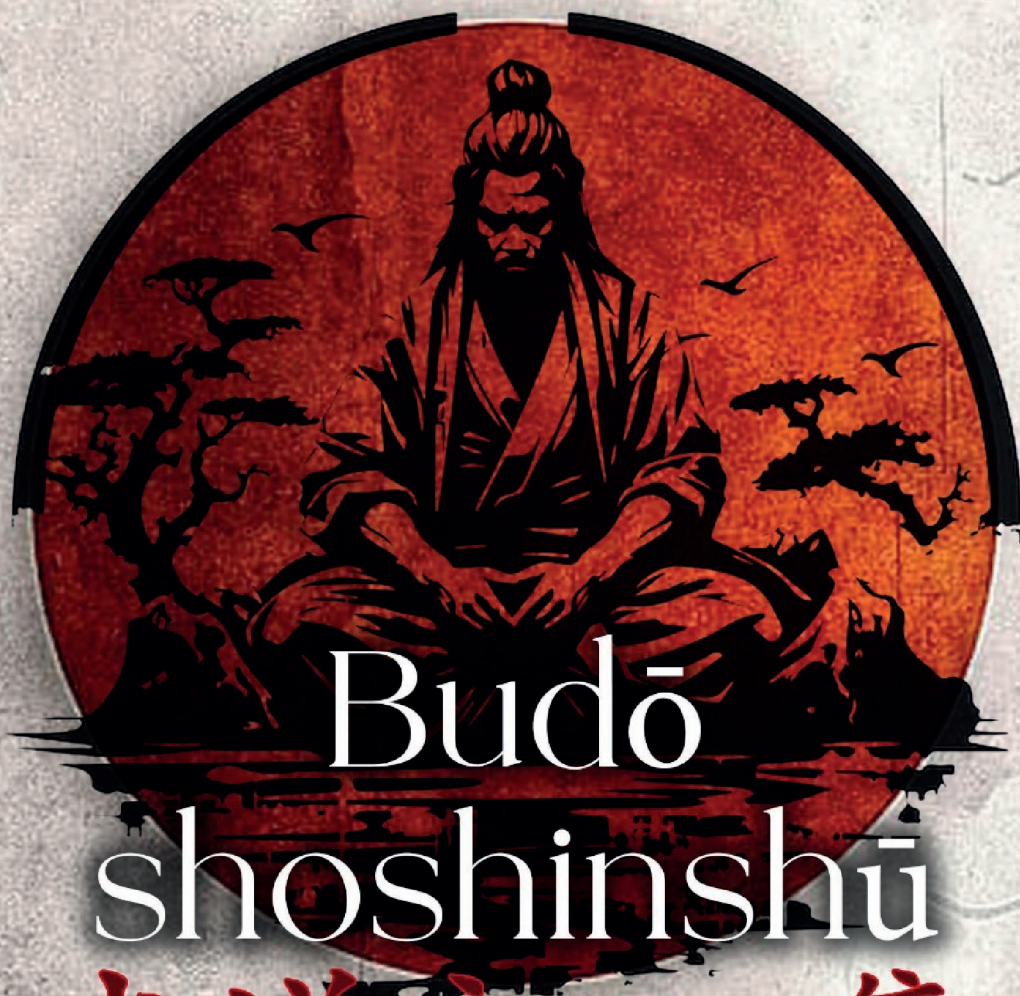


Daidōji Yūzan (1639–1730)



Budō shoshinshū

武道初心集

Manual del Principiante en el Camino del Guerrero



Ediciones
Clío

Traducción del japonés:
Dr. Jorge Fymark Vidovic López
Prólogo, edición y establecimiento del texto:
Dr. Jorge Fymark Vidovic López

Daidōji Yūzan

BUDŌ SHOSHINSHŪ

武道初心集

Manual del principiante en el camino del guerrero

Edición, traducción y Prólogo.
Dr. Jorge Fymark Vidovic López

Fundación Ediciones Clío

Maracaibo, 2025

Budō shoshinshū (武道初心集). Manual del Principiante en el Camino del Guerrero
Daidōji Yūzan (autor).



@Ediciones Clío
Noviembre de 2025

Maracaibo, Venezuela
1ª edición

ISBN:

Diseño de portada: Janibeth Maldonado
Diagramación: Julio César García Delgado

© 2025, Dr. Jorge Fymark Vidovic López y Ediciones Clío. Todos los derechos reservados para la traducción y los materiales editoriales de la presente edición, publicada en esta colección.exclusiva responsabilidad de los autores

Fundación Ediciones Clío

Atribuido a Daidōji Yūzan (1639–1730), *Budō shoshinshū* (武道初心集) (*Manual del principiante en el camino del guerrero*) surge en la pacífica Era Edo, cuando el samurái se enfrentó a la paradoja de mantener su esencia espiritual sin un campo de batalla. Más que un código de combate, es una guía para el autogobierno y la integridad moral. Yūzan advierte a las nuevas generaciones contra la tentación del lujo y la complacencia, subrayando que la verdadera misión del guerrero reside en el protocolo, la administración y la firmeza doméstica.

Esta edición ofrece la voz serena y exigente de Yūzan intacta, convirtiendo un documento histórico en un espejo ético. Una lectura esencial para quienes buscan la disciplina interior en la vida moderna.

Dr. Jorge Fymark Vidovic López

<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial

<https://www.edicionesclio.com/>

Índice general

Prólogo: Daidōji Yūzan y el Budō shoshinshū: ética, disciplina y el espíritu del guerrero	7
Budō shoshinshū (武道初心集)	11
Manual del Principiante en el Camino del Guerrero	11
1. Sobre la conducta fundamental del samurái.....	11
2. Sobre la frugalidad y la moderación.....	12
3. Sobre la lealtad y la obediencia al señor	13
4. Sobre la piedad filial y la conducta dentro del hogar	14
5. Sobre la disciplina personal y el autodomínio	15
6. Sobre la rectitud en el hablar y el deber de la honestidad	16
7. Sobre la cortesía y el comportamiento adecuado.....	17
8. Sobre la prudencia en las relaciones y amistades.....	18
9. Sobre el estudio y el cultivo de la sabiduría.....	19
10. Sobre la importancia del entrenamiento marcial	20
11. Sobre la valentía y el verdadero coraje.....	21
12. Sobre la paciencia, la resistencia y la fortaleza interior.....	22
13. Sobre la humildad y el rechazo de la arrogancia	23
14. Sobre el control de la ira y la importancia de la calma.....	24
15. Sobre la prudencia al hablar de asuntos ajenos y el deber de la discreción.....	25
16. Sobre la moderación en la comida y la bebida.....	26
17. Sobre la preparación para la vejez y la importancia de vivir con mesura.....	27

18. Sobre la manera correcta de aconsejar y reprender	28
19. Sobre la responsabilidad en la gestión del hogar y los asuntos domésticos	29
20. Sobre la muerte y la resolución final del guerrero	30
Epílogo	33
Referencias.....	35

Prólogo

Daidōji Yūzan y el Budō shoshinshū: ética, disciplina y el espíritu del guerrero

El *Budō shoshinshū* (武道初心集), atribuido a Daidōji Yūzan y compuesto entre finales del siglo XVII y comienzos del XVIII, es uno de los testimonios más lúcidos de la transformación del ideal samurái durante el periodo Edo. En una época en la que el Japón del shogunato Tokugawa había puesto fin a los siglos de guerra civil, la clase guerrera se enfrentaba a una paradoja inédita: seguir siendo samurái en un país donde ya no había batallas. La espada, antaño herramienta cotidiana, se convertía en símbolo; el combate real era sustituido por la administración, el protocolo y la vida doméstica. En ese clima de estabilidad y riesgo moral, Yūzan sintió la necesidad de preservar la esencia espiritual del guerrero mediante un manual destinado a las generaciones jóvenes, advirtiéndoles sobre las tentaciones del lujo, la complacencia y el olvido de su misión ancestral (López-Vera 2016; Gaskin y Hawkins 2008).

Daidōji Yūzan (1639–1730), también conocido como Taira Shigesuke, formó parte de una generación de eruditos profundamente influenciados por el neoconfucianismo, doctrina que había sido adoptada como base intelectual del Estado Tokugawa. Si bien su biografía permanece en penumbra —como ocurre con muchos consejeros, pedagogos y estudiosos del periodo—, su obra revela una formación sólida en la ética de Zhu Xi y en los principios de rectitud (*gi*), sinceridad (*makoto*) y piedad filial (*kō*). Estos conceptos, integrados en el universo cultural del samurái, estructuran el discurso moral del *Budō shoshinshū*, orientado más a la formación del carácter que al dominio de técnicas marciales (Daidōji 2006; Nitobe 2011).

Dentro de la literatura del *bushidō*, el texto ocupa un lugar singular. Mientras el *Hagakure* de Yamamoto Tsunetomo exalta la disponibilidad inmediata a morir y el *Dokkōdō* de Miyamoto Musashi propone una vía de extrema renuncia, el *Budō shoshinshū* adopta una postura equilibrada y esencialmente práctica. Para Yūzan, la virtud no es un arrebató heroico ni una abstracción metafísica, sino un hábito cotidiano. Así, exhorta a vivir con frugalidad, mantener el orden del hogar, ejercitar la cortesía, elegir amistades virtuosas, gobernar la palabra, entrenar con constancia y cultivar el estudio. Su visión del guerrero es profundamente humana: un hombre que debe dominarse a sí mismo antes de aspirar a servir a su señor y a su clan con dignidad.

Un rasgo notable de la obra es su dimensión económica. La paz prolongada del Edo había puesto en tensión las finanzas de los samuráis, dependientes de estipendios rígidos y del oneroso sistema de residencias alternas (*sankin kōtai*). Yūzan, consciente de ello, advierte sobre el gasto excesivo, el endeudamiento y la búsqueda de lujos impropios. Su insistencia en la austeridad no solo responde a un ideal moral, sino también a la necesidad práctica de evitar la ruina familiar y el descrédito social. Como ha señalado Aguilar Gómez (2018), el manual puede leerse incluso como una «vía de la economía», donde administrar el hogar es parte inseparable del honor del guerrero.

Desde una perspectiva filológica, el *Budō shoshinshū* presenta un estilo conciso, severo y admonitorio, característico de los manuales éticos del Japón clásico. El término *shoshin* (初心), “corazón inicial”, remite a la disposición humilde y receptiva del aprendiz, una actitud espiritual imprescindible en el *budō*. El texto circuló originalmente en copias manuscritas y versiones resumidas, por lo que su estructura no responde a una división rígida en capítulos; la organización moderna, incluida en esta edición, busca facilitar la lectura sin alterar la esencia del pensamiento de Yūzan.

La vida del autor confirma la coherencia entre su discurso y su tiempo. Nacido pocas décadas después de la consolidación del régimen Tokugawa, Yūzan vivió en un Japón pacificado donde la legitimidad samurái dependía de su capacidad para encarnar la disciplina interior

y el orden social. Su figura se inscribe junto a la de otros grandes moralistas del guerrero, como Yamaga Sokō, pero su aportación es distinta: ofrece la guía concreta y cotidiana que debía acompañar a la teoría. Más que un estratega, fue un educador del carácter. Su longevidad —murió en 1730— y la difusión manuscrita de su obra indican que su influencia se extendió por múltiples clanes, convirtiéndose en referencia en escuelas de conducta y academias de formación samurái.

Hoy, Daidōji Yūzan ocupa un lugar central en los estudios del *bus-hidō* por su capacidad de sintetizar lo mejor de la tradición guerrera y el humanismo confuciano. La claridad de su mensaje, lejos de perder vigencia, resuena con fuerza en el presente. El *Budō shoshinshū* trasciende su contexto feudal y se convierte en un manual de disciplina interior aplicable a cualquier época: vivir con moderación, gobernar las pasiones, pensar antes de hablar, corregir los propios errores, cultivar la paciencia, ser prudente en las amistades, trabajar con constancia y enfrentar la muerte —inevitable para todos— sin temor y sin doblez. En tiempos de rapidez, ruido y fragmentación, la voz de Yūzan ofrece una sabiduría sobria y luminosa: “*Una vida recta exige vigilancia constante sobre el propio corazón.*”

Esta edición de Ediciones Clío busca preservar esa luz y ponerla al alcance del lector hispanohablante, respetando la severidad moral del texto original y su profunda belleza ética. No es solo un documento histórico, sino un espejo donde cada lector puede volver a examinar la forma en que vive, habla, actúa y se gobierna a sí mismo. Allí reside su poder perdurable.

Dr. Jorge Fymark Vidovic López

<https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>

Director Editorial

<https://www.edicionesclio.com/>

Budō shoshinshū (武道初心集)

Manual del Principiante en el Camino del Guerrero

1. Sobre la conducta fundamental del samurái

El hombre que ha nacido en la casa de un guerrero debe, ante todo, grabar profundamente en su corazón que su vida pertenece al servicio de su señor. Desde el momento en que un hombre entra en el mundo, su deber consiste en cumplir fielmente con aquello que le ha sido asignado por el cielo: y para un samurái, no hay tarea más elevada que servir con absoluta sinceridad al clan al que pertenece.

El guerrero debe adoptar como norma la disposición constante a poner su vida en juego. Si no está preparado a morir en cualquier momento, no podrá cumplir su deber, ni podrá mantener la rectitud en sus acciones. Quien teme por su vida no es apropiado para el servicio del señor, pues ante la menor dificultad abandonará el camino correcto.

El fundamento más alto del budō es esta resolución interior: “Ante todo, no aferrarse a la vida.” Solo aquel que ha trascendido la vacilación puede obrar con justicia, hablar con verdad y sostener su honor en toda circunstancia.

El hombre que se apega a comodidades, placeres o preocupaciones mundanas no podrá jamás considerarse digno del camino del guerrero. Quien vive en exceso, inevitablemente cae en la corrupción; quien busca el bienestar en lugar del deber, se aparta de la senda verdadera.

La conducta del samurái debe ser pura, íntegra y sin doblez. Incluso cuando nadie lo observa, debe mantener rectitud en sus pensamientos y acciones. La sinceridad es la raíz de todas las virtudes, y el guerrero que la pierde se ha destruido a sí mismo, aun si su cuerpo continúa vivo.

Por ello, quien desea iniciarse en el Camino del Guerrero debe comenzar por cultivar un corazón firme, dispuesto a soportar dificultades, y una voluntad que no vacile ante la muerte. Con tal espíritu, podrá afrontar todo acto de servicio con lealtad y serenidad.

2. Sobre la frugalidad y la moderación

El guerrero debe evitar el lujo, la extravagancia y el gasto innecesario. La vida de exceso debilita la fuerza del espíritu y hace que el hombre olvide su verdadero deber. Quien ha nacido en una casa samurái debe mantener siempre un corazón sencillo y una existencia moderada.

El lujo conduce a la pérdida de disciplina. Cuando el hombre se acostumbra al confort, su mente se entorpece, su cuerpo se vuelve indolente y su espíritu pierde firmeza. Así, ante un momento de necesidad, no podrá cumplir con lo que se espera de él. La austeridad es, por tanto, la raíz de la fortaleza.

El samurái debe vestir y alimentarse de manera apropiada, sin caer en ostentación ni buscar lo superfluo. El que desea agradar al mundo por medio de adornos o vanidades demuestra un corazón débil, incapaz de soportar el peso del deber. La apariencia sencilla revela un espíritu firme.

En el manejo del dinero, el guerrero debe actuar con prudencia. Aunque reciba estipendio de su señor, no debe confiarse en él para perseguir caprichos, sino administrarlo con moderación, pensando siempre en el sustento de su hogar y en evitar futuras dificultades. El que malgasta lo que tiene termina avergonzando a su familia y al clan.

Es igualmente importante evitar los malos hábitos: el juego, la bebida excesiva y las compañías perjudiciales. Quien se deja arrastrar por tales costumbres olvida el autocontrol, pierde respeto y termina por deshonorar su nombre. El samurái debe ser dueño de sí mismo en todo momento.

La verdadera riqueza del guerrero no está en los bienes que posee, sino en la pureza de su conducta y la fortaleza de su espíritu. La frugalidad es una virtud que protege al hombre de la corrupción interior, y mediante ella puede sostenerse firme incluso en tiempos difíciles.

En suma, la moderación en todas las cosas es el adorno más noble del samurái. La austeridad afianza la rectitud y prepara el corazón para cumplir fielmente con su deber.

3. Sobre la lealtad y la obediencia al señor

El deber supremo del guerrero es la lealtad. Desde el momento en que nace en una casa samurái, el hombre debe entender que su vida está consagrada al servicio de su señor. Esta lealtad no debe fluctuar con las circunstancias, ni debilitarse ante la conveniencia: ha de ser firme como una roca.

Obedecer al señor no significa simplemente cumplir órdenes, sino anticipar su voluntad y actuar conforme a ella con sinceridad. El guerrero verdaderamente leal mantiene siempre presente el honor del clan, y considera sus propios deseos como algo secundario frente al deber.

Quien sirve pensando en recompensas o beneficios personales no posee un corazón leal. El samurái debe actuar sin esperar gratitud, pues la esencia de la lealtad es el servicio desinteresado. Cuando un hombre busca reconocimiento, su espíritu se mancha con ambición.

Incluso si el señor no es perfecto, la lealtad del vasallo no debe vacilar. Criticar a quien se debe servir es una falta grave que destruye la armonía del feudo. Un buen guerrero corrige los errores mediante su propio ejemplo, no mediante murmuraciones.

La obediencia debe ser pronta y sincera. El que obedece con desgana o alberga resentimiento en su corazón carece del temple necesario para llamarse samurái. La verdadera obediencia nace de la comprensión de que el orden y la jerarquía son la base del camino del guerrero.

Hay ocasiones en que la vida o la muerte dependen de un mandato del señor. En tales momentos, el guerrero debe responder sin vacilación. El honor de un samurái consiste en aceptar su deber incluso cuando conduce a la muerte, pues nada es más vergonzoso que anteponer la vida al deber.

La lealtad, una vez quebrantada, no puede recuperarse fácilmente. Por ello, el hombre prudente guarda su corazón contra toda traición, por mínima que parezca, y se esfuerza en ser fiel en pensamientos, palabras y acciones.

Servir con rectitud es la más alta virtud del samurái. A través de la lealtad sostiene su honor, el honor de su familia y el de su clan.

4. Sobre la piedad filial y la conducta dentro del hogar

Antes de aspirar a servir correctamente a su señor, el guerrero debe aprender a gobernar su conducta dentro del hogar. La piedad filial es la raíz de todas las virtudes: quien no sabe honrar a sus padres y mayores difícilmente podrá ser leal en el servicio.

Un samurái debe respetar profundamente a su padre y a su madre, atender sus necesidades y escucharlos con humildad. No importa cuán altos sean sus logros en la vida militar; si descuida a sus progenitores, su honor queda manchado. La rectitud comienza por el trato hacia quienes le dieron la vida.

Debe esforzarse también por cultivar armonía dentro de su familia. Un hogar gobernado con rectitud fortalece el carácter del guerrero; uno gobernado con negligencia lo corrompe. La conducta firme del padre, la modestia de la madre y la obediencia de los hijos son pilares indispensables.

El samurái debe ser prudente en sus palabras y moderado en su carácter dentro del hogar. La ira, el desorden y el tono áspero son impropios de un hombre de armas. Si no puede gobernarse a sí mismo entre los suyos, ¿cómo podrá gobernar su espíritu en momentos de crisis?

El respeto hacia los ancianos del clan es igualmente necesario. Quien desprecia el consejo de los mayores muestra arrogancia y falta de sabiduría. Incluso cuando uno difiere en opinión, debe expresar su parecer con cortesía y humildad, pues así lo exige la armonía social.

En cuanto a la esposa e hijos, el samurái debe tratarlos con dignidad y rectitud. Una esposa fiel y de carácter firme es compañera del honor del guerrero; un hijo educado con disciplina continúa el nombre de la familia. La negligencia hacia ellos es una falta grave que trae vergüenza a generaciones futuras.

El guerrero debe recordar que su conducta en el hogar refleja su conducta en el servicio. La piedad filial, la modestia, la disciplina y la armonía doméstica son las raíces del budō. Quien no guarda rectitud en lo pequeño no podrá sostenerla en lo grande.

Así, antes de tomar la espada, el samurái debe enderezar su corazón en el seno de su propia casa.

5. Sobre la disciplina personal y el autodomínio

El guerrero debe vigilar constantemente su propio corazón. El enemigo más difícil de vencer no es el adversario exterior, sino las pasiones que agitan la mente: la ira, la codicia, la pereza, la arrogancia. Si un samurái no puede dominarse a sí mismo, no podrá llamarse verdaderamente hombre de valor.

La disciplina personal comienza en la vida cotidiana. El guerrero debe levantarse temprano, ordenar sus asuntos con diligencia y evitar el ocio excesivo. La mente se debilita cuando el cuerpo se entrega a la comodidad. Cada día debe cultivarse como si fuera una preparación para la batalla.

En toda circunstancia, el samurái debe mantener serenidad. La ira es el veneno del guerrero: ciega el juicio, arruina la estrategia y lleva al deshonor. Incluso ante la provocación, debe conservar su compostura. El dominio del temperamento es una virtud más elevada que la victoria.

El deseo y la avaricia también corrompen el espíritu. Quien se deja llevar por el ansia de riqueza, mujeres, bebida o juegos no solo pierde su honor, sino que se vuelve esclavo de sus apetitos. El verdadero guerrero posee un corazón sencillo, libre de cadenas interiores.

La palabra es igualmente un campo para el autodomínio. El hombre impetuoso habla sin pensar; el prudente mide sus palabras. El silencio oportuno es señal de sabiduría. Hablar con moderación permite evitar disputas innecesarias y preservar la dignidad.

En todos sus actos, el samurái debe examinar su corazón y corregirse sin demora. Si comete un error, debe reconocerlo y enmendarlo, pues el orgullo es un obstáculo para el crecimiento. Quien no admite faltas carece de profundidad en su carácter.

La verdadera fortaleza del guerrero no reside en su espada, sino en su capacidad de gobernarse a sí mismo. Sólo aquel que ha vencido sus pasiones puede avanzar sin temor por el camino del budō.

6. Sobre la rectitud en el hablar y el deber de la honestidad

El guerrero debe ser sumamente cuidadoso con sus palabras. La lengua puede sostener el honor o destruirlo. El samurái que habla con ligereza, exageración o falsedad deshonra su nombre y debilita la confianza que otros depositan en él.

La honestidad en el hablar es una virtud esencial. El guerrero debe decir únicamente lo que es verdadero y cumplir todo aquello que promete. Las palabras imprudentes son como flechas lanzadas sin propósito: una vez disparadas, no pueden retroceder. Por eso, antes de hablar, debe sopesarse si las palabras son justas y necesarias.

La calumnia, el chisme y la crítica oculta son actitudes indignas de un hombre de armas. Hablar mal de otros a sus espaldas revela cobardía, daña la armonía del clan y destruye amistades. El samurái debe abstenerse de tales vilezas y, en cambio, corregir con rectitud si observa una falta.

Cuando deba expresarse, el guerrero debe hacerlo con serenidad, sin arrogancia ni insolencia. Aun al reprender, debe mantener el tono justo, pues la rudeza innecesaria revela desorden interior. La cortesía en el hablar no es un signo de debilidad, sino de dominio de sí.

El silencio prudente es frecuentemente más valioso que un discurso innecesario. Un samurái debe saber cuándo hablar y cuándo callar. La palabra inútil debilita el espíritu; la palabra justa fortalece el ánimo y sostiene el deber.

El guerrero no debe participar en conversaciones frívolas o en bromas de mal gusto. Tales hábitos oscurecen el juicio y rebajan la dignidad. La conversación debe ser mesurada, edificante y adecuada al carácter de un hombre honorable.

Asimismo, el samurái debe evitar las promesas vanas. Comprometerse a algo que no puede o no desea cumplir es una falta grave. La palabra del guerrero debe ser tan firme como su espada: una vez dada, debe sostenerse incluso a costa de grandes sacrificios.

Decir la verdad, hablar con moderación y mantener la sinceridad en toda circunstancia es la vía para preservar el honor del guerrero. La rectitud en el hablar refleja la rectitud del corazón.

7. Sobre la cortesía y el comportamiento adecuado

La conducta del guerrero debe estar siempre adornada por la cortesía. La cortesía no es una simple formalidad: es la expresión exterior de un corazón disciplinado. Allí donde termina la cortesía, comienza el desorden del espíritu.

El samurái debe saludar con corrección, hablar con medida y actuar con modestia. Incluso en los asuntos más comunes, los gestos deben ser ponderados y respetuosos. La arrogancia en la postura, en la mirada o en la palabra es impropia de un hombre que se ejercita en el Camino.

La cortesía nace de reconocer la dignidad en los demás. Tratando con los superiores, se debe reverencia; con los iguales, respeto; con los inferiores, benevolencia. Un guerrero que desprecia a los de menor rango demuestra ignorancia y pequeñez de espíritu.

En reuniones y banquetes, el samurái debe comportarse con compostura: no beber en exceso, no monopolizar la conversación ni mostrarse ruidoso. La sobriedad es señal de fortaleza interior. Un hombre que pierde el control frente al alcohol revela debilidad y deshonor su nombre.

Es esencial prestar atención a las normas de etiqueta del clan. El guerrero no debe entrar precipitadamente en una sala, ni sentarse de manera descuidada, ni interrumpir el discurso de otros. Cada acto, por pequeño que sea, debe reflejar educación y autocontrol.

La cortesía también exige moderación en la expresión de opiniones. Incluso si se piensa distinto, debe hablarse con prudencia para no herir a otros innecesariamente. El objetivo de la palabra no es la victoria, sino la armonía.

El guerrero debe rechazar la burla y las actitudes que humillan a los demás. Ridiculizar, provocar o mofarse de otro hombre es conducta mezquina, propia de espíritus inmaduros. El honor exige nobleza incluso en la discrepancia.

La cortesía no debe ser un adorno superficial, sino una disposición constante. Mantenerla incluso en momentos de tensión es signo de verdadero dominio de sí mismo. El samurái cortés fortalece su carácter y ennoblece su entorno.

8. Sobre la prudencia en las relaciones y amistades

El samurái debe ser extremadamente cuidadoso al elegir sus amistades. La compañía que un hombre mantiene revela su carácter, y con el tiempo termina moldeándolo. Un guerrero no debe relacionarse con personas de conducta ligera, palabras vulgares o hábitos desordenados.

La amistad verdadera nace del respeto mutuo y del deseo de cultivar la virtud. El hombre de bien debe buscar compañeros que lo fortalezcan en el camino del deber, que corrijan sus faltas con sinceridad y que compartan un sentido del honor firme e inquebrantable. La amistad que solo busca entretenimiento o conveniencia es superficial y peligrosa.

Relaciones con gente dada al juego, la bebida desmesurada o la calumnia deben evitarse por completo. Quien convive con tales personas sin darse cuenta se contamina de sus actitudes; y quien convive sabiéndolo, demuestra tener un espíritu débil. La asociación con hombres dañosos termina arrastrando al deshonor.

También debe ser prudente el guerrero al establecer confianza. Incluso en las mejores amistades, no conviene hablar demasiado ni revelar lo íntimo de los propios asuntos. La palabra prudente mantiene la armonía; la palabra excesiva abre puertas al conflicto.

Es preciso evitar al hombre adulator. El adulator no sirve de apoyo verdadero: halaga para obtener beneficios y abandona cuando la adversidad llega. Mejor es un amigo recto que reprenda con honestidad, que un admirador falso que esconde la verdad detrás de sonrisas.

El guerrero debe saber reconocer la diferencia entre la amistad honorable y la familiaridad descontrolada. La excesiva confianza lleva al irrespeto, y el irrespeto conduce a la pérdida del decoro. Incluso entre amigos íntimos debe preservarse cierta gravedad propia del camino del samurái.

Con los inferiores y criados, el trato debe ser digno y justo: ni altanero ni indulgente en exceso. Ganar lealtad es más valioso que imponer miedo. Pero la bondad debe ir siempre acompañada de firmeza para no ser confundida con debilidad.

En suma, las relaciones del guerrero deben ser limpias, prudentes y elevadas. La virtud se fortalece con buena compañía; el desorden se agrava con malas alianzas. Quien cuida las amistades cuida su propio honor.

9. Sobre el estudio y el cultivo de la sabiduría

El guerrero no debe limitarse únicamente a las artes marciales. Si bien la destreza en las armas es esencial, el samurái verdaderamente completo cultiva también la mente y el espíritu. El estudio disciplinado es un pilar del Camino.

El conocimiento fortalece el juicio, ilumina la conducta y permite servir mejor al señor y al clan. Un guerrero ignorante puede ser valiente, pero su valentía sin discernimiento se vuelve peligrosa. La sabiduría permite actuar con precisión y evitar errores graves.

El samurái debe leer libros de historia, de estrategia, de ética y de conducta. Cada lectura amplía la visión, fortalece el pensamiento y enseña cómo actuaron los grandes hombres del pasado. La ignorancia, en cambio, encierra al hombre en sus propias limitaciones.

No es necesario aspirar a grandes erudiciones, pero sí cultivar un aprendizaje constante. Aunque la vida sea ocupada, debe reservarse siempre un tiempo para el estudio. Un poco cada día, con persistencia, supera a largos esfuerzos ocasionales.

El guerrero debe buscar maestros virtuosos y aprender de ellos con humildad. Incluso un hombre joven puede instruir si posee claridad; incluso un anciano puede equivocarse. Por eso, la mente del samurái debe ser flexible y atenta, sin caer ni en la arrogancia ni en la credulidad.

Aprender a escuchar es parte del estudio. Muchos hombres creen saberlo todo y, por ello, no avanzan. La verdadera sabiduría se encuentra en la capacidad de recibir consejo, aceptar corrección y reflexionar sobre los propios errores.

Estudiar no es solo acumular conocimientos, sino aplicarlos a la vida diaria. La lectura debe transformarse en acción: si un texto enseña rectitud, el guerrero debe practicarla; si enseña frugalidad, debe vivir austeramente; si enseña valentía, debe preparar su corazón.

Sin estudio, la espada carece de dirección. Con sabiduría, el espíritu se afina y el camino se vuelve claro. El guerrero que cultiva su mente engrandece su carácter y sirve mejor a su señor.

10. Sobre la importancia del entrenamiento marcial

El guerrero debe ejercitarse constantemente en las artes de la guerra. Aunque cultive la virtud y la sabiduría, si descuida el entrenamiento físico y técnico, será inútil en el momento decisivo. El samurái debe mantener su cuerpo fuerte, su espíritu firme y su habilidad siempre afilada.

La práctica del sable es esencial. Aun un guerrero experimentado debe empuñar la espada con regularidad, para que el arma no se convierta en un adorno, sino en una extensión natural del brazo. La destreza se pierde con facilidad: basta un breve periodo de negligencia para que el cuerpo olvide lo aprendido.

Además del sable, es necesario ejercitarse en otras disciplinas marciales: el arco, la lanza, la equitación, el jiu-jitsu y las diferentes técnicas que el clan estime convenientes. El guerrero debe ser capaz de adaptarse a cualquier situación en el campo de batalla.

El entrenamiento debe hacerse con sinceridad. Practicar con desgana o sin atención no fortalece ni el cuerpo ni el espíritu. Es mejor una breve sesión realizada con plena concentración que muchas horas de esfuerzo vacío.

El samurái debe vigilar su postura, su respiración y su actitud interior. El que entrena pensando en exhibirse o en recibir elogios se aparta del Camino. El entrenamiento verdadero no busca la gloria externa, sino la superación del propio corazón.

El guerrero debe ser constante. Entrenar intensamente por un corto periodo y luego abandonar es propio de hombres débiles. La verdadera fuerza se construye día tras día, sin interrupción, aun cuando el cuerpo esté cansado o el ánimo decaiga.

También debe recordar que la técnica no es nada sin espíritu. Por ello, el entrenamiento debe cultivar la serenidad y la decisión. En combate, el samurái debe ser capaz de actuar sin vacilación, confiado en su habilidad y sin temor a la muerte.

La base del budō es esta: “Afila tu espada interior antes que tu espada exterior.”

Entrenando el cuerpo, se fortalece la acción. Entrenando la mente, se fortalece la decisión. Entrenando el espíritu, se fortalece el honor.

11. Sobre la valentía y el verdadero coraje

El valor del guerrero no consiste únicamente en arrojarse al peligro sin pensar. Ese tipo de atrevimiento es temerario y propio de hombres sin juicio. La verdadera valentía nace de un corazón firme, disciplinado y preparado para enfrentar la muerte con serenidad.

El samurái debe distinguir entre el coraje verdadero y el falso. El coraje falso es impulsivo: actúa cegado por la ira, la arrogancia o el deseo de mostrarse ante los demás. Ese hombre no es valiente, sino esclavo de sus emociones. Su acción carece de rectitud y termina dañándose a sí mismo y a los que lo rodean.

El coraje verdadero es reflexivo: conoce el peligro, lo acepta y actúa con pleno dominio de sí. El guerrero valiente es aquel que, incluso ante la posibilidad de morir, mantiene su compostura y obra conforme a su deber. Su valentía no es ruidosa ni espectacular; es silenciosa y firme.

El samurái debe cultivar un corazón que no vacile. En momentos de crisis, la indecisión es peor que el fracaso. Una acción pronta y sincera, aunque no sea perfecta, es superior a la vacilación interminable. El guerrero debe, por tanto, entrenar su mente para decidir con claridad.

La valentía no consiste en despreciar la vida, sino en no permitir que el apego a ella destruya la rectitud. Quien protege su honor incluso a costa de su existencia ha comprendido el Camino del Guerrero. Quien vive largo tiempo pero renuncia a la justicia no es mejor que un cobarde.

Es importante también evitar el miedo al fracaso. El hombre que teme equivocarse se vuelve inútil. El valor implica aceptar que los errores son parte del entrenamiento, y que la dignidad del guerrero se encuentra en levantarse de cada caída.

La verdadera valentía se manifiesta también en la vida diaria. Enfrentar el deber; corregir los propios errores; soportar dificultades sin

quejarse; hablar con honestidad cuando es necesario; mantener la calma ante la provocación: todo esto es parte del coraje.

La valentía no es un acto único, sino un hábito que se cultiva cada día. Quien camina con decisión y rectitud, aun en lo pequeño, tendrá fortaleza cuando llegue lo grande.

12. Sobre la paciencia, la resistencia y la fortaleza interior

El guerrero debe cultivar la paciencia como arma indispensable. En el Camino del Guerrero, muchos fracasos provienen de la impaciencia: actuar antes de tiempo, hablar sin pensar, rendirse frente a la dificultad o irritarse ante obstáculos menores. La impaciencia es señal de espíritu débil.

La fortaleza del samurái no se mide por la fuerza del brazo, sino por su capacidad de soportar las pruebas sin alterar su corazón. Quien no sabe resistir la adversidad no puede llamarse hombre de valor. La paciencia es el cimiento de toda disciplina.

Hay momentos en los que el deber exige soportar humillaciones, retrasos o dificultades sin expresar disgusto. Esto no significa cobardía, sino dominio de sí. El que se irrita fácilmente demuestra que su mente es aún inmadura y no está preparada para servir con dignidad.

El samurái debe aceptar que en la vida surgen situaciones que no se resuelven de inmediato. La perseverancia es la virtud que transforma lo imposible en posible. Quien desiste en los primeros intentos jamás logrará nada digno. La paciencia es compañera inseparable de la determinación.

Es importante también dominar la inquietud interior. Cuando la mente salta de un pensamiento a otro, incapaz de concentrarse, se debilita la voluntad. La serenidad se cultiva mediante la respiración, la disciplina y el hábito de enfrentar los asuntos uno por uno, sin precipitación.

El guerrero debe resistir el cansancio, el dolor y las molestias sin quejarse. La queja es voz de debilidad. Aunque el cuerpo sufra, el espíritu debe permanecer erguido. La capacidad de resistir dificultades sin mostrar abatimiento es una marca del verdadero samurái.

La paciencia también implica esperar el momento oportuno. En la estrategia, actuar demasiado pronto es tan dañino como actuar demasiado tarde. El guerrero prudente observa, calcula y espera el instante correcto sin perder firmeza ni determinación.

Cultivar la paciencia es afinar la espada interior. Con ella, el samurái puede enfrentar cualquier tormenta sin perder su centro. La verdadera victoria comienza por dominar la impaciencia y fortalecer el espíritu.

13. Sobre la humildad y el rechazo de la arrogancia

El samurái debe cultivar la humildad en todo momento. La arrogancia es enemiga del Camino del Guerrero: oscurece el juicio, alimenta el ego y conduce al hombre, tarde o temprano, a la vergüenza. Quien se exalta a sí mismo demuestra que su corazón es pequeño y su virtud insuficiente.

El guerrero verdaderamente valiente no presume de sus logros. Habla poco de sus hazañas, y aun las calla cuando es posible. El hombre que alardea de su habilidad revela inseguridad; el que se comporta con modestia inspira respeto y confianza.

Debe evitarse la actitud de despreciar a los demás o de considerarse superior. Todos los hombres poseen virtudes y defectos; nadie es perfecto. El samurái que mira por encima del hombro a sus compañeros demuestra ignorancia y falta de autoconocimiento.

La humildad no significa debilidad, sino fortaleza interior. Es el reconocimiento silencioso de que el aprendizaje nunca termina y de que uno siempre puede mejorar. El hombre arrogante ya no progresa, porque cree que nada le falta. El humilde avanza sin cesar.

El guerrero debe recibir correcciones con serenidad. Si un superior lo reprende, debe agradecer la oportunidad de corregirse. Si un igual le señala una falta, debe escucharlo sin irritarse. Si un inferior le señala un error verdadero, debe aceptarlo con más humildad aún. Quien rechaza las advertencias se dirige directamente al fracaso.

El orgullo mal entendido lleva a grandes desgracias. Cuando un hombre se deja llevar por la vanidad, toma decisiones precipitadas, se expone innecesariamente al peligro, se enemista con quienes lo rodean y

termina arruinando su nombre. La soberbia es un enemigo más destructivo que cualquier adversario externo.

La mejor forma de evitar la arrogancia es recordar constantemente los propios defectos y limitaciones. El samurái debe examinarse a diario y preguntarse en qué ha fallado y qué debe mejorar. De esta reflexión surge la verdadera virtud.

El guerrero humilde es respetado, firme y difícil de derrotar. Mantiene una disposición abierta al aprendizaje y una serenidad que no puede ser perturbada por los elogios ni por las críticas. Esta modestia es una de las más altas virtudes del budō.

14. Sobre el control de la ira y la importancia de la calma

La ira es uno de los mayores enemigos del guerrero. Un solo instante de furia puede destruir años de disciplina. El samurái que se deja llevar por la cólera pierde la claridad del juicio, habla de manera imprudente y actúa con temeridad. La ira es una forma de derrota interior.

Para evitarla, es necesario examinar el corazón diariamente. Preguntarse qué situaciones provocan irritación y por qué. Quien conoce las raíces de su enojo puede desactivarlo antes de que surja. Quien no se observa a sí mismo está condenado a repetir los mismos errores.

El hombre iracundo se vuelve esclavo de los demás, pues cualquiera puede perturbarlo con una palabra o un gesto. El verdadero guerrero debe ser dueño de su ánimo. Su espíritu debe permanecer firme ante la provocación, igual que una montaña que no se altera por el viento.

Si en algún momento la ira se despierta, el samurái debe contenerla de inmediato. Respirar profundamente, retirarse por un instante, guardar silencio: estas acciones evitan grandes desastres. Es preferible soportar una afrenta a cometer un acto que luego no pueda corregirse.

El que responde con calma mantiene su honor intacto. La serenidad es signo de gran fortaleza interior. No es valiente quien estalla en furia; valiente es quien domina su corazón aun cuando es insultado o tratado con injusticia. La paciencia es hermana del coraje.

El guerrero también debe evitar a quienes alimentan su ira: los provocadores, los maledicentes, los que disfrutan creando conflictos. Asociarse con ellos es peligroso. El samurái debe preferir la compañía de hombres tranquilos y sensatos, que fortalecen su espíritu en lugar de perturbarlo.

Es importante recordar que la ira generalmente surge del orgullo. Si un hombre se humilla a sí mismo, no se irrita ante las palabras ajenas. Si un hombre se valora demasiado, cualquier pequeña falta lo enciende en cólera. Por eso, controlar el ego es también controlar la furia.

La calma es la condición necesaria para tomar decisiones correctas. En batalla, sereno; en servicio, sereno; en la vida diaria, sereno. Así avanza el guerrero por el Camino, con un espíritu firme e inalterable.

15. Sobre la prudencia al hablar de asuntos ajenos y el deber de la discreción

El samurái debe ser extremadamente cuidadoso al tratar asuntos de otras personas. Hablar sobre lo que no nos concierne, divulgar secretos o comentar asuntos privados es una falta grave que revela ligereza de carácter y una mente desordenada.

Un guerrero digno jamás traiciona la confianza que otros depositan en él. Si alguien comparte un asunto personal, debe guardarlo con absoluto silencio, incluso si la relación entre ambos cambia con el tiempo. La palabra revelada no puede volver atrás, y su irresponsabilidad puede causar daños irreparables.

La mayoría de los conflictos entre hombres nacen de la lengua. Una opinión imprudente, un comentario fuera de lugar o una interpretación mal hecha puede destruir amistades, alterar la armonía del clan y generar enemistades innecesarias. Por esta razón, el samurái debe hablar poco y escuchar mucho.

Es esencial no entrometerse en discusiones familiarmente ajenas, ni tomar partido sin necesidad. El que interviene sin haber sido llamado demuestra falta de autocontrol y deseo de mostrarse importante. El guerrero prudente sabe cuándo hablar y cuándo permanecer al margen.

También debe evitarse repetir rumores. El rumor es una flecha lanzada sin saber a quién herirá. Un hombre honorable no presta oídos a

habladurías, y menos aún las transmite. Si una información no es cierta, es dañina; si es cierta pero privada, también es dañina. Nada bueno nace del rumor.

Cuando deba transmitirse un mensaje o encargo, debe hacerse con exactitud, sin añadir ni quitar. Alterar las palabras de otro es una falta de sinceridad. El samurái debe ser un mensajero fiel, pues de ello depende la confianza entre las personas.

La discreción es una forma de sabiduría. Saber guardar silencio cuando corresponde es señal de un espíritu disciplinado. El guerrero que domina su lengua domina también su corazón y mantiene su honor intacto.

Así, la prudencia en el hablar y el respeto por los asuntos ajenos son pilares fundamentales del Camino. El samurái que actúa con discreción siembra armonía y evita muchos males.

16. Sobre la moderación en la comida y la bebida

El samurái debe ser cuidadoso con sus hábitos de alimentación. Comer en exceso debilita el cuerpo, entorpece la mente y vuelve pesado el espíritu. Del mismo modo, quien bebe sin medida pierde el control de sus acciones y se expone a la vergüenza. La intemperancia es enemiga del Camino del Guerrero.

El guerrero debe comer para nutrir el cuerpo, no para satisfacer el deseo. Los excesos en la comida generan languidez y pereza, impidiendo actuar con prontitud en momentos de necesidad. Así como la espada debe mantenerse afilada, el cuerpo debe mantenerse ligero y preparado.

En cuanto a la bebida, es aún más peligrosa que la gula. El hombre que se embriaga pierde la dignidad y se convierte en objeto de burla. En estado de embriaguez puede revelar secretos, hablar imprudentemente, causar conflictos o herir a otros sin intención. Nada destruye más rápido el honor que la falta de control en la bebida.

El guerrero debe conocer su límite y detenerse antes de sobrepasarlo. En reuniones o banquetes, debe beber con moderación, sin dejarse arrastrar por la presión de los demás. También debe evitar el ambiente de las tabernas donde predominan la risa ruidosa, el desorden y la conducta vulgar.

La sobriedad fortalece el carácter. El samurái que conserva claridad mental incluso en celebraciones demuestra superioridad espiritual. Su conducta inspira respeto, mientras que el hombre ebrio inspira únicamente lástima.

Debe recordarse que la disciplina comienza en lo cotidiano. Quien no puede dominar su apetito difícilmente podrá dominar sus emociones en un momento de crisis. Al controlar la comida y la bebida, el guerrero entrena la voluntad y prepara su corazón para enfrentar cualquier dificultad.

La moderación, en todas sus formas, es un escudo contra el desorden y la debilidad. El samurái sobrio y templado puede caminar recto sin vacilar, sosteniendo su honor en cada paso.

17. Sobre la preparación para la vejez y la importancia de vivir con medida

El guerrero debe prever la llegada de la vejez. La juventud no dura para siempre, y quien vive sin moderación en sus años vigorosos sufrirá grandes dificultades en el futuro. Por ello, el samurái prudente cultiva hábitos que le permitan sostenerse incluso cuando sus fuerzas disminuyan.

Una vida de excesos desgasta el cuerpo antes de tiempo. Quien bebe, juega o se entrega a placeres sin medida roba años de su propia existencia. El guerrero debe evitar tales hábitos, pues no sólo debilitan su salud, sino también su disciplina, su carácter y su honor.

El hombre sabio administra sus recursos con medida. Aun si recibe un estipendio generoso, no debe gastar todo lo que tiene pensando que el mañana será igual que hoy. La fortuna es inestable, los tiempos cambian y los hombres envejecen. El derroche juvenil conduce al sufrimiento en la madurez.

El guerrero debe cultivar una rutina sobria: descanso adecuado, alimentación moderada, ejercicio constante y estudio continuo. Así asegurará que, incluso con el paso de los años, su espíritu permanezca firme y su juicio claro.

En la vejez, la mente puede volverse rígida si el hombre no la ha nutrido con sabiduría. Por eso es esencial mantener la lectura, la reflexión y

la observación atentas. Un cuerpo debilitado puede ser compensado por un espíritu lúcido, pero un espíritu debilitado no tiene remedio.

El guerrero debe evitar convertirse en una carga para los suyos. Para ello, debe vivir con disciplina y previsión desde la juventud. El que envejece con orden y dignidad inspira respeto; el que envejece con negligencia inspira lástima.

La vejez también exige humildad. A medida que los años pasan, debe abandonar gradualmente las tareas que requieren fuerza física, y dedicarse a instruir a los jóvenes con su experiencia. El anciano que pretende mantener el protagonismo revela apego y falta de sabiduría.

Prepararse para la vejez es, en realidad, prepararse para vivir bien. Quien vive con medida y rectitud desde la juventud recorrerá el camino sin arrepentimientos cuando los años se acumulen sobre sus hombros.

18. Sobre la manera correcta de aconsejar y reprender

El guerrero debe saber ofrecer consejo con prudencia y reprender con justicia. Aconsejar sin reflexión puede causar más daño que beneficio, y reprender sin moderación puede humillar y destruir el espíritu del otro. La rectitud en la palabra debe ir siempre unida a la compasión.

Antes de aconsejar, el samurái debe examinar si realmente posee entendimiento suficiente del asunto. Dar opiniones sin conocimiento demuestra arrogancia. Aconsejar solo para parecer sabio es una falta grave. El hombre verdaderamente sabio habla solo cuando puede aportar claridad y cuando su palabra será útil.

Del mismo modo, no debe reprender movido por la ira. La reprensión hecha desde la emoción es violenta y carece de justicia. El guerrero debe esperar a que su ánimo esté sereno antes de corregir a otro. Solo así sus palabras serán equilibradas y podrán ser recibidas con respeto.

Cuando un hombre comete un error, debe corregírsele con discreción. Hacerlo delante de otros genera vergüenza innecesaria y puede endurecer su corazón. La corrección debe buscar el bien del corregido, no la satisfacción del que reprende.

El samurái debe recordar que todos los hombres tienen defectos. Al reprender, debe hacerlo con humildad, consciente de que él mismo también puede caer en faltas semejantes. La corrección arrogante no inspira obediencia, sino resentimiento.

También debe evitar el silencio culpable. Si un amigo o compañero se extravía, no es virtud callar por comodidad. Guardar silencio ante el error ajeno es una forma de abandono. El consejo dado a tiempo puede salvar a un hombre de grandes desgracias.

Sin embargo, el guerrero debe medir la oportunidad. Un consejo dado cuando la mente del otro está cerrada es inútil; una reprensión hecha cuando el corazón está alterado solo incrementa el conflicto. El momento adecuado es parte esencial de la sabiduría.

Quien sabe aconsejar y reprender con equilibrio fortalece la armonía dentro del clan, preserva amistades y cultiva el honor. La rectitud sin compasión se vuelve dureza; la compasión sin rectitud se vuelve debilidad. El samurái debe mantener ambas en perfecta unión.

19. Sobre la responsabilidad en la gestión del hogar y los asuntos domésticos

Aunque el guerrero dedique su vida al servicio del señor, no debe descuidar la administración de su propio hogar. Un samurái incapaz de gobernar sus asuntos domésticos difícilmente podrá cumplir grandes deberes en tiempos de crisis. La disciplina comienza siempre por lo cercano.

El guerrero debe manejar los recursos de su casa con orden y previsión. No debe gastar más de lo que posee, ni dejarse llevar por deseos innecesarios. El hogar mal administrado conduce inevitablemente a deudas, conflictos y vergüenza. Quien no sabe sostener su casa no puede sostener su honor.

La relación con la esposa y los hijos debe regirse por la rectitud y la responsabilidad. La esposa es compañera en el cumplimiento del deber y guardiana del hogar. El samurái debe tratarla con dignidad y orientar su conducta con firmeza y serenidad. Una esposa virtuosa fortalece la casa; una esposa indisciplinada la destruye.

A los hijos debe educárseles con equilibrio: demasiada dureza los vuelve resentidos; demasiada indulgencia los vuelve débiles. El padre samurái debe enseñarles frugalidad, obediencia, cortesía y respeto por los ancianos. La semilla de la virtud se planta en la infancia; sin esa raíz, el carácter no florece.

El guerrero debe vigilar que los sirvientes actúen con lealtad y corrección. Tratar a los criados con justicia es signo de virtud. Sin embargo, nunca debe permitir familiaridades indebidas ni descuido en sus tareas. La bondad sin autoridad lleva al desorden.

También debe mantener la casa libre de ociosidad y vicios. El hogar debe ser un lugar de calma, modestia y disciplina. Las visitas frecuentes de hombres ociosos, las reuniones tardes y las conversaciones frívolas destruyen la armonía y perturban el espíritu.

El guerrero prudente organiza sus bienes, ordena sus documentos, cuida sus herramientas y mantiene cada cosa en su lugar. Este orden exterior refleja el orden interior. La negligencia en lo pequeño se convierte con el tiempo en negligencia en lo grande.

Sostener el hogar con rectitud es parte del honor del samurái. Su casa es la raíz de la que brota su conducta pública. Un hogar bien gobernado es señal de un espíritu firme y disciplinado.

20. Sobre la muerte y la resolución final del guerrero

La enseñanza suprema del Camino del Guerrero es la preparación para la muerte. Desde su juventud, el samurái debe acostumbrar su corazón a aceptar que la vida es transitoria y que en cualquier momento puede ser llamado a entregar su existencia por su señor y su deber. Esta resolución no debe ser momentánea, sino constante.

Quien teme la muerte no puede cumplir plenamente su responsabilidad. La mente dominada por el miedo vacila en momentos decisivos, se aflige por asuntos insignificantes y se aferra a deseos que enturbian la rectitud. El guerrero debe extirpar ese temor de su corazón mediante la reflexión diaria y la disciplina del espíritu.

Aceptar la muerte no significa buscarla de manera imprudente. El coraje temerario y la resolución verdadera son cosas distintas. El prime-

ro nace de la pasión; la segunda nace de la claridad. El buen samurái no arroja su vida sin propósito, sino que se dispone a perderla cuando el deber lo exige, de manera serena y correcta.

El guerrero debe meditar a diario sobre su propia finitud. Al despertar y al dormir, debe recordar que la vida pende de un hilo. Quien vive cada día como si fuera el último obra con sinceridad, evita la negligencia y mantiene su corazón limpio de arrepentimientos.

Aceptar la muerte también implica vivir sin doblez. El hombre que oculta malas acciones o palabras deshonestas teme ser descubierto, y ese temor lo consume. El guerrero que vive con rectitud no teme la muerte, porque no deja tras de sí nada vergonzoso.

El samurái debe resolver en su interior que, llegado el momento, su vida será entregada sin queja. Quien llora o se lamenta en el instante final revela apego excesivo y falta de entrenamiento espiritual. La muerte es inevitable para todos; el honor consiste en afrontarla de pie.

Sin embargo, la preparación para la muerte no debe entristecer el corazón. Más bien debe fortalecerlo. Saber que la vida es breve impulsa al guerrero a actuar con diligencia, servir con lealtad, cultivar la virtud y no perder el tiempo en lo que carece de valor. La conciencia de la muerte purifica la vida.

Así, el samurái que ha ordenado su espíritu, moderado sus deseos, corregido sus faltas y vivido de acuerdo con el deber puede enfrentar la muerte sin remordimiento. Este es el estado más elevado del Camino del Guerrero: vivir con rectitud y estar siempre preparado para partir.

Epílogo

La presente traducción del *Budō shoshinshū* (武道初心集) ha sido realizada a partir de ediciones japonesas en dominio público, complementadas con versiones críticas modernas y comparadas con traducciones inglesas reconocidas. Dado que el texto original se transmitió en diversas copias manuscritas entre los siglos XVII y XVIII, su estilo se caracteriza por la concisión, la severidad moral y el uso de estructuras propias del japonés clásico. El objetivo de esta edición es ofrecer un castellano fiel, claro y literariamente equilibrado, sin sacrificar la sobriedad que define la voz de Daidōji Yūzan.

La traducción se ha guiado por cuatro criterios esenciales. El primero es la fidelidad semántica: cada máxima ha sido reproducida procurando conservar el significado literal y moral del texto, evitando interpretaciones que suavicen su tono admonitorio. El segundo es la coherencia estilística: el original emplea un estilo directo, austero y sentencioso, propio de los manuales éticos del Japón feudal; esta edición intenta mantener ese carácter mediante un castellano depurado, sin giros excesivamente contemporáneos. El tercero es la transparencia filológica: cuando el japonés clásico emplea conceptos no equivalentes de manera exacta al español —como *gi* (rectitud), *makoto* (sinceridad) o *shoshin* (corazón inicial)—, se ha optado por soluciones que permitan conservar el sentido dentro del flujo del texto. El cuarto es el respeto a la estructura moral del original: aunque la división en capítulos utilizada aquí es moderna, responde a la organización interna del pensamiento de Yūzan y a su función pedagógica.

Se han evitado redundancias interpretativas que, aun bien intencionadas, pudieran desfigurar la voz del autor. Yūzan escribe con una claridad que no necesita adiciones: sus admoniciones sobre la frugalidad, la

modestia, la disciplina doméstica, la vigilancia interior o la aceptación de la muerte están formuladas con una fuerza propia del pensamiento neoconfuciano y de la experiencia moral del samurái del periodo Edo. La traducción, por tanto, aspira a ser un puente transparente entre la letra japonesa y el lector hispanohablante, sin intervenir en la intención pedagógica del autor.

Asimismo, se han respetado los matices culturales imprescindibles para la comprensión del texto. No se han occidentalizado conceptos como “señor”, “clan”, “honor” o “piedad filial”, pues forman parte de una cosmovisión jerárquica y ritualizada que constituía la columna vertebral del Japón Tokugawa. También se han conservado los términos asociados al *budō* y a la etiqueta samurái, dado que su traducción total implicaría perder referentes culturales centrales para la obra.

Esta edición, realizada para la colección Japón Clásico de Ediciones Clío, busca ofrecer al lector moderno una experiencia lo más cercana posible a la lectura tradicional del manual. Toda intervención ha sido mínima, intencional y justificada. La traducción no pretende reinterpretar a Daidōji Yūzan, sino permitir que su voz —serena, firme y exigente— llegue intacta a nuestra lengua.

El lector encontrará en estas páginas no solo un documento histórico, sino un espejo ético donde resuena una pregunta que trasciende siglos: ¿Somos capaces de gobernarnos a nosotros mismos?

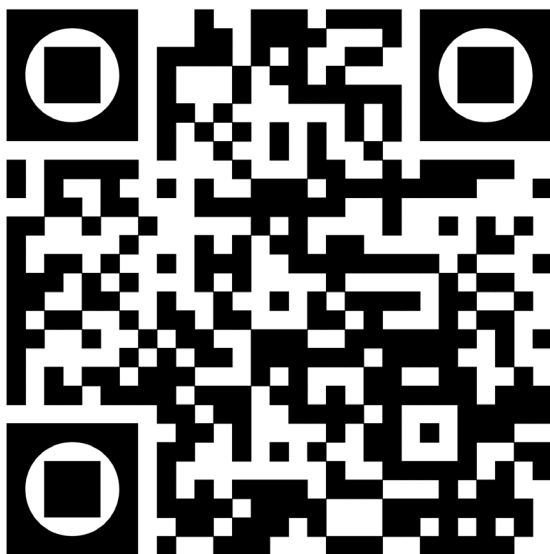
Referencias

- Aguilar Gómez, J. (2018). *Análisis del Código del Samurái de Daidōji Yūzan desde una perspectiva económica*. Revista de Fomento Social, 73(3–4), 457–483.
<https://revistas.uloyola.es/rfs/article/view/1513>
- Daidōji, Y. (2006). *El código del samurái* (M. Portillo, Trad.). Barcelona, España: Kairós.
<https://www.editorialkairos.com/catalogo/p/el-codigo-del-samurai>
- Gaskin, C., & Hawkins, V. (2008). *Breve historia de los samuráis*. Madrid, España: Nowtilus.
<https://www.iberlibro.com/9788497631402>
- López-Vera, J. (2016). *Historia de los samuráis*. Gijón, España: Satori.
<https://www.lacentral.com/lopez-vera-jonathan/historia-de-los-samurais/9788494468575>
- Nitobe, I. (2011). *El bushidō: El alma del Japón*. Palma de Mallorca, España: José J. de Olañeta.
https://e-archivo.uc3m.es/bitstream/handle/10016/10267/kabuki_yoshida_ricardo_2011.pdf



Publicación digital de Fundación Ediciones
Clío.

Maracaibo, Venezuela,
Noviembre de 2025



Mediante este código podrás acceder a nuestro sitio
web y visitar nuestro catálogo de publicaciones

Atribuido a Daidōji Yūzan (1639–1730), *Budō shoshinshū* (武道初心集) (*Manual del principiante en el camino del guerrero*) surge en la pacífica Era Edo, cuando el samurái se enfrentó a la paradoja de mantener su esencia espiritual sin un campo de batalla. Más que un código de combate, es una guía para el autogobierno y la integridad moral. Yūzan advierte a las nuevas generaciones contra la tentación del lujo y la complacencia, subrayando que la verdadera misión del guerrero reside en el protocolo, la administración y la firmeza doméstica.

Esta edición ofrece la voz serena y exigente de Yūzan intacta, convirtiendo un documento histórico en un espejo ético. Una lectura esencial para quienes buscan la disciplina interior en la vida moderna.

Dr. Jorge F. Vidovic

Director Fundación Ediciones Clío

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8148-4403>



Ediciones
Clío